

HACIA UNA NUEVA ERA

Por el Pbro. Francisco Vives,
Profesor de la Universidad
Católica de Chile.

Es evidente que la humanidad marcha hacia una era nueva.

La cultura y la civilización, que son el progreso y el desenvolvimiento de la vida en todas sus manifestaciones y especialmente en sus aspectos especulativos, artísticos y morales, están en crisis.

El hecho enorme que se impone hoy día al mundo es la crisis. El régimen existente, con sus crisis cíclicas de repetición continua, acusa una dolencia orgánica semejante a los ataques de los cardíacos que no por ser periódicos dejan de ser mortales. ¿Soluciones? Como en casi todos los problemas humanos, hay dos: el materialismo y el espiritualismo.

El materialismo—llámese liberalismo capitalista o socialismo marxista—niega el espíritu y la vida económica, como consecuencia, pasa a tener una importancia **única**. El socialismo—dice S. S. Pío XI—“completamente olvidado del sublime fin del hombre y de la sociedad, pretende que la sociedad humana no tiene otro fin que el puro bienestar”. De esta concepción de la vida ha resultado el **homo economicus** cuya función única es acumular riquezas. Lo que importa para el materialismo no son los fines humanos, sino los fines puramente materiales. Lo económicamente bueno es **bueno**. Tal vez sea este principio el mayor error doctrinal del mundo moderno.

Frente a este error, que niega el espíritu y, en consecuencia, al hombre mismo, la **philosophia perennis**, declara la primacía del espíritu—*primauté du spirituel*—como norma de vida y como ideal, un régimen “en que la justicia, la humanidad y el derecho son partes esenciales de la estructura social. Una perfidia no es solamente una cosa prohibida por la moral individual, es una cosa poli-

ticamente mala que tiende a destruir la salud política del cuerpo social. La opresión de los pobres y la riqueza tomada como fin en sí, no son solamente cosas prohibidas por la moral individual, sino hechos económicamente malos que van contra el fin mismo de la economía porque este fin es un fin humano". El retorno a la vida espiritual, es decir, la vuelta sincera a Dios y a Jesucristo—Sabiduría Eterna—es el principio fundamental doctrinal para reconstruir la ciudad. No hay cosa, hecho o persona que no sea de algún modo testimonio de lo absoluto y de lo sobrenatural, es decir, cuyo sentido y fin no reclame a Dios. Por eso el mayor error—repetimos—del mundo en que vivimos es el olvido de lo espiritual. La comprensión materialista de la tendencia humana hacia Dios ha producido el vacío que nos ahoga.

La civilización actual en todo lo que tiene de materialista no nos interesa salvarla; ni como hombres ni como cristianos, pues, está en abierta oposición con nuestra doctrina y nuestra moral. Al declarar con franqueza nuestra oposición con el régimen materialista que impera en el mundo, no queremos confundir nuestra voz con los demovedores a outrance de todo lo actual.

Queremos poner en la sociedad un fermento de eternidad y asegurarle así una eterna juventud. Sobre las ruinas de la Roma antigua nació la Roma eterna del Cristianismo que fué punto de partida y centro de una civilización que sabemos ha sido amenazada, que todavía es imperfecta, pero que no podrá perecer. El futuro, pues, debemos mirarlo con optimismo. La vida íntima cristiana que sabemos por propia experiencia, es "paz, justicia, gozo en el Espíritu", ha de ser en un mañana no lejano la herencia de las multitudes.

El reino de Cristo necesita heraldos. Por razón de su juventud y su excelencia, nadie más a propósito para anunciar el Evangelio que nuestros jóvenes universitarios. Para ellos hemos hecho el estudio de síntesis de la sociología cristiana que encontrarán en las páginas que siguen.

El estudio detenido de esas tesis, luminosamente desarrolladas en los documentos pontificios, será el trabajo preliminar indispensable para hacer de ellos los obreros de la conquista espiritual del mundo para Cristo.
